

La magia de ser docente

Anabel Godoy Padilla*

Cuando hago una retrospectiva de mi historia y las decisiones que han cambiado el rumbo de mi vida, encuentro magia. El docente actual debe tener unas características muy especiales, aparte de los pedagógicos y académicos. Me refiero a características que tienen que ver con la responsabilidad social, la capacidad de adaptarse a los cambios, identidad y amor a la profesión. Lo anterior lo menciono porque es fácil que cualquier persona estudie en una Normal, se titule y logre ser docente, pero convertirse en un docente con vocación, pero ser docentes de corazón, es otro tema distinto, es lo que quiero explicar en este relato “somos magia”.

En mis inicios para escoger la profesión, cuando terminé mi bachillerato, nunca pasó por mi mente ser docente de primaria, mi ilusión en ese momento era estudiar la carrera de diseñador gráfico en la Universidad de Guadalajara (UdeG), después de intentar dos veces ingresar a dicha carrera y no lograrlo el desánimo me invadió. Mi madre me comentó que su compañera de trabajo tenía a una hija estudiando en la Normal para maestra y le platicó que era lo máximo y que tendría trabajo seguro. Así fue, preparé papelería, tramitologías, ¡presenté el examen de conocimientos y una entrevista con un psicólogo de la institución y... que salen las listas! Logré ingresar a la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco (ByCENJ), yo dije, vaya que nombre tan potente y largo, comienza la magia.

Llegué al aula y transcurrieron algunas semanas, pero yo no me sentía satisfecha, me sentía que no encajaba, no entendía muchos términos, escuchaba temas que decían eran muy importantes en clases del primer semestre, como las narrativas, la docencia, el trabajo en el aula, la organización de las actividades, la disciplina con los niños, pero yo sólo pensaba en darme de baja porque seguía sin tomarle sentido a nada. Entonces recibí una propuesta de un vecino maestro de primaria, requería a un estudiante normalista para cubrir grupos en la escuela donde él estaba encargado de dirección.

Acepté y me dan un listado de páginas y temas que tenía que desarrollar con un grupo de tercer grado de primaria. Pues no supe ni

qué hacer, cómo empezar, cómo hablarles, era un desorden, corrían, gritaban, se arrastraban y no me hacían caso, entonces recordé una clase en la Normal, donde decían que el canto y el juego, empecé a aplaudir con ritmo y logré atención de algunos, luego usé mis pies y logré atrapar a otros, por fin me pusieron atención y logré organizar algunas actividades. Así logré terminar una semana en ese grupo y cuando me despedí de los niños, me dieron abrazos, me escribieron cartitas y me dijeron cosas tan lindas, que algo en mí cambió. Fue mi primera decisión importante, quedarme y titularme.

Comencé a buscar oportunidades en varias escuelas como interina, porque en ese tiempo no existían los exámenes para el ingreso al servicio y como no tenía conocidos o parientes que me ayudaran a conseguir una plaza. Cubrí interinatos en grupos de primarias lejanas a mi domicilio, pedía raites con el lechero, caminaba distancias largas de donde me dejaban los camiones. También cubrí interinatos en PEP-JA que era un programa de alfabetización comunitaria para jóvenes y adultos, que tenían convenio con INEA y fue aquí donde conseguí mi plaza de base, después de tres años de cubrir interinatos.

La clave de la plaza era en el municipio de Cabo Corrientes, Jalisco, mi papá me acompañó en el recorrido que fue: tomar un camión de la central de Guadalajara a la central de Puerto Vallarta, de la central de ahí tomamos un camión a una colonia llamada el túnel, ahí esperamos un camión que salía cada hora al Tuito, llegamos a esperar otro camión que salía a las dos la tarde, éste nos llevaría a las comunidades que me tocaba atender: Ipala, Naranjitos y Aquiles Serdán, todos cerca de la playa.

Entre el polvo, la terracería y tres horas, llegamos a Ipala, donde nos recibió una familia con mucho cariño y nos dieron de cenar frijolitos con tortillas recién hechas en el fogón. Me presentaron a mis alumnos en las tres comunidades, el comisario ejidal y las escuelas donde daría clases. Mí papá regresó a Guadalajara y me dejó encargada con todos los pobladores de las comunidades, pero antes de irse me dijo unas palabras mágicas que atesoro en mi corazón y con orgullo ¡hija estoy orgulloso de ti, eres muy valiente! Ahí duré tres años y medio, me tocó pelear con un sapo por el agua de una pila para bañarme, no había luz, me levantaba a mojar me la cara y los pies para mitigar el calor,

mi baño era un bote de plástico porque no había drenaje ni baños, las casas eran de palitos y tejas, tuve miedo por estar lejos de mi familia y no contar con los servicios a los que estaba a usar comúnmente en una ciudad, me quemé los dedos de mis manos aprendiendo a hacer tortillas, me enseñaron a pescar con trasmallo en el estero, me prestaron un catre para dormir, pasaba ríos con mi maleta en la cabeza, daba clases a jóvenes con los módulos y materiales del INEA y adultos de tres niveles preescolar, primaria y secundaria.

Duré tres años y medio en esas comunidades, la gente me adoptó como parte de sus familias y yo me involucré en proyectos comunitarios de sustentabilidad, como reciclado, pasto hidropónico, abastecimiento de agua potable, forestación de maderas finas y la nomenclatura de las calles, todo esto me hizo crecer como persona y profesional valiente, resiliente y aprendiendo constantemente.

Llegó una fecha en que mi plaza del programa PEPJA dejó de existir porque el gobierno ya no la financió, entonces me reubicaron en Zapopan, en Santa Cruz de las Flores, esta comunidad en un cerro y con una población de 10 familias algo alejadas de la escuela. La escuela era unitaria, con 17 niños de primero a sexto grado de primaria y dos aulas, aquí tuve que realizar funciones de director y docente de todos los grados, organizar el aseo con la comunidad, festivales y proyectos yo sola. Contaba con luz, agua potable, baño, una cuarto para quedarme a dormir, una familia se turnaba cada semana para ofrecerme desayuno, comida y cena, aquí probé gorditas de nata en hojas de roble. Hacía dos horas y media para llegar a Guadalajara, ya contaba con una camioneta, así que los lunes citaba a los niños a clases a medio día, de martes a jueves les daba clases en la mañana y por la tarde teníamos taller de lectura y manualidades, los viernes regresaba a Guadalajara. Más aprendizajes y desafíos en este espacio, pues tuve que planear propuesta Multigrado y no fue nada sencillo.

Terminé el ciclo escolar y tramité mi cambio a un espacio más cerca de Guadalajara, me tocó en la colonia Monumental, muy cerca del Estadio Jalisco, a quince minutos de mi casa. Llegué a una primaria de organización completa, con todos los servicios, muchos compañeros que cada quién atendía sólo un grado. Me asignaron cuarto grado

y traigo conmigo algunos regalos mágicos que me había dado mi profesión: resiliencia, valentía, experiencia y seguridad.

Aquí me enfrenté a un desafío importante, porque el director preguntó a quién le gustaría atender primer grado, levanté la mano y le dije ¡A mí démelo! Me apoyé de una compañera de USAER y ella me apoyó todo el ciclo escolar con el método alfabético, hizo modelaje de clase, me dio recomendaciones para hacer dictado, registros, uso de material didáctico, cómo dialogar y explicarles a los padres de familia la forma de trabajo, en fin, fue una verdadera conformación de lo que ahora llamamos Comunidad de Aprendizaje Profesional (CAP). Me gustaba tanto mi trabajo y me sentía bendecida por todo el crecimiento personal y profesional, duré diez años y me hice de un prestigio entre la comunidad y los niños. En este periodo se me presentó la oportunidad de trabajar en la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco, como catedrática en mi Alma máter.

Un día, entró en vigor la Ley del Servicio profesional Docente (LSPD), una reforma laboral en donde obligó al magisterio a evaluarse y capacitarse constantemente. En este periodo de mi vida laboral me enfrenté a varios desafíos y los convertí en oportunidades de crecimiento y expansión, uno de ellos fue concursar en mi plaza de primaria para Asesor Técnico Pedagógico (ATP) y lo logré, esta función me ofrecía la oportunidad de compartir mis experiencias con otros compañeros docentes y capacitación constante. Otro desafío importante fue estudiar un posgrado, se requería para dar cátedra en la ByCENJ, logré terminar maestría y doctorado.

Hoy, con 23 años en el servicio, puedo decir que soy otra persona totalmente distinta y me encanta. Trabajo en mi Alma mater como catedrática, me siento plena y feliz, porque comparto toda la información relevante de mi función de ATP, mi experiencia como maestra rural, maestra de primer grado de primaria con mis alumnos que serán futuros docentes, les doy consejos, los guío, los motivo a ser los mejores maestros, a amar su profesión, trato de que descubran la magia que tiene ser docente. Me reconstruí y descubrí que la mejor decisión es escoger este hermoso camino, Por eso, me hice docente.

*Doctora en Ciencias de la Educación. Catedrática de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco y Asesor Técnico Pedagógico en educación primaria. anabel.godoy@bycenj.edu.mx